



# Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

Nicolás Salmerón y Alonso, Caricatura de ANGEL PONS



## SUMARIO

### TEXTO

*DE TODO UN POCO*  
por Luis Taboada.

*CANCIÓN*  
por V. Fernández Alonso.

*LOS DOS «CICERON»*  
por Julio Poveda.

*A UN AMIGO*  
por Carlos Cano.

*REVISTA DE REVISTAS*  
por Tomás Carretero.

*ANGEL PONS*  
por C. José de Arpe.

*EL HABILIDOSO*  
por V. Toscano Quesada.

*BATURRILLO*  
por Fray Candil.

*CANTARES*  
por Ramón L. Montenegro.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*EN EL AÑO 2000*  
fantasía novelesca, por E. Bellamy  
(Continuación).

### ANUNCIOS



### GRABADOS

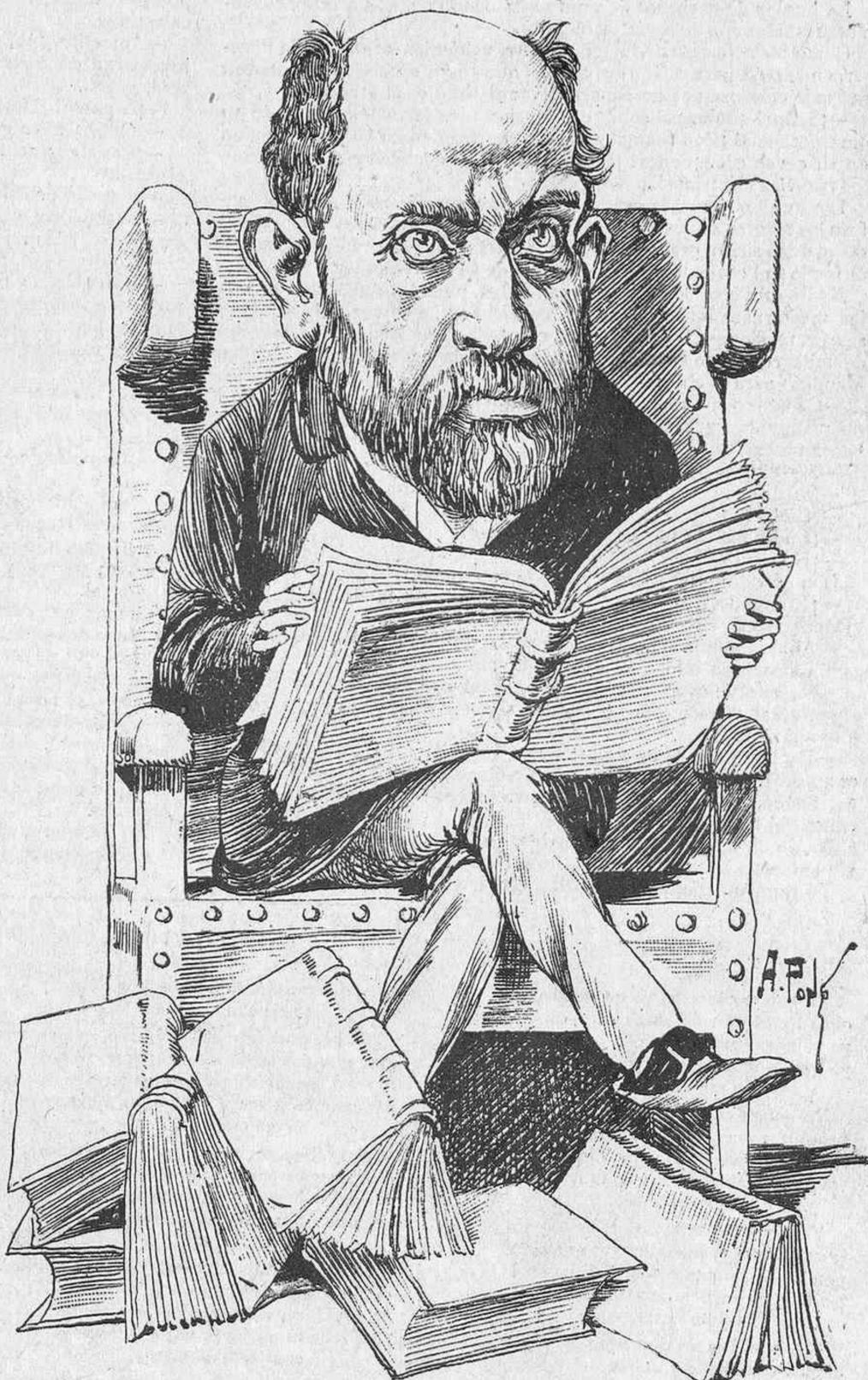
*NICOLAS SALMERÓN Y ALONSO*  
caricatura de A. Pons, publicada en *Los Madriles*.

*LA CRISIS*  
por Donaz.

*¿QUIÉN PAGÓ? EL PATO*  
historieta, por Méndez Alvarez.

*¿DE QUÉ HABLAN?*  
seis viñetas por Marín.

*ÁNGEL PONS*  
de fotografía.



Decía Don Juan Tenorio  
á Don Gonzalo una vez:  
—*Jamás, delante de un hombre,  
mi alta cerviz incliné.*

Y una tarde, en el Supremo,  
asombrado pude ver  
que el pueblo, eterno Don Juan,  
á pesar de su altivez,  
escuchaba á Salmerón  
de rodillas y á sus pies.



La huelga de cocheros de punto está dando ocasión á no pocos incidentes, algunos de carácter fúnebre.

Como los actuales conductores de los vehículos no poseen la necesaria maestría para dirigirlos, todo el que se ve precisado á tomar un carruaje empieza por exclamar, elevando los ojos al Hacedor:

—¡Señor! ¡derrama sobre este auriga inexperto los dones de tu omnipotencia! ¡Pon fuerza en su mano, claridad en su ojo, reflexión en su cerebro!... ¡Señor! ¡Líbranos á mi, al cochero y al caballo de los tranvías eléctricos!...

Los que no tienen la precaución de encomendarse al Altísimo, sufren los rigores de los negros hados, ora rompiéndose las narices contra el duro suelo, ora perdiendo dos ó tres ruedas, ora dejándose en el fondo del coche una parte esencial de su individuo.

Nadie sabe cuándo terminará la huelga, pues los dueños de carruajes muéstranse intransigentes y los cocheros, á su vez, no modifican sus pretensiones. Lo que se sabe con toda seguridad es que vivimos de milagro y que el mejor día llamarán á la puerta de casa de don Maudilio para decirle:

—Caballero ¿no tenía usted una esposa gruesa, con abrigo largo y un manguito figurando un zorro? ¿No había tomado un coche para hacer visitas?

—Si—exclamará él sorprendido.

—Pues vaya usted á recoger sus despojos á la calle de Alcalá.

—¿Cielos?

—¡Le ha pasado por encima un Rippert!

—¡Horror!

Don Maudilio llegará al sitio de la catástrofe.

—¡Eulogia! ¡Eulogia mía!—gritará presa de la desesperación— ¿Dónde estás?

—Ahí la tiene usted—dirá un guardia de orden público presentándole un montón informe de restos humanos.

—Si, es ella; es mi montón, digo, es mi Eulogia... Pero aquí falta algo... ¿Han visto ustedes por ahí una pantorrilla? No encuentro más que una.

—Está depositada en un estanco de la calle del Barquillo. Si quiere usted recoger la nariz, la tiene un chico de una portera de la calle del Saúco. El Rippert ha ido repartiendo pedazos de señora por las calles del tránsito.

Nadie diría, al iniciarse la huelga, que iban á ocurrir desgracias, y sin embargo ocurren y ocurrirán si Dios no lo evita.

Yo tomé un coche días pasados para ir á la calle de Toledo y ¡nun-

ca lo hubiera tomado! En mitad de la Puerta del Sol el vehículo fué á chocar con un poste de la luz eléctrica y medio se deshizo. A fuerza de trabajo consiguieron unos transeúntes levantar al penco y que reemprendiese su carrera. En la Plaza Mayor atropellamos á un sacerdote; en la Fuentecilla matamos un perro; y antes de llegar al punto de destino, el caballo se cayó otra vez y estuvimos cerca de media hora pidiéndole por favor que se levantara. En fin, cuando llegamos al final del viaje, yo tenía un chichón tamaño como un huevo en la parte de atrás de la cabeza y además se me había soltado la sangre por las narices.

—¿Qué es eso?—me preguntaron en la casa á donde iba de visita.—¿Viene usted de la guerra?

—No, señor—contesté—vengo de la calle del Príncipe en un coche de punto dirigido por un cochero de los que ahora se estilan.

\*\*

Continúa la labor de los clericales haciendo prosélitos y sembrando la tristeza en muchos hogares.

Ya no son sólo las señoritas las que desean abrazar la vida monástica. Hay también algunos jóvenes puros que quieren huir de las pompas mundanales para recogerse en sí mismos y renunciar á los calcetines.

—Anicetito, ¿por qué no sales á paseo?—pregunta á uno de estos jóvenes su cariñosa madre.—Eres joven y bien parecido. Diviértete, goza...

—¡A paseo! ¡Horror! ¡Tener que tropezar con mujeres!

—¿Qué? ¿No te gustan?

—¡Las aborrezco! Para mí no hay más mujer que la sencilla espinaca...

—¿Pero es posible que pienses así, hijo mío?

—El mundo es un semillero de pecados. El hombre un monstruo de maldad y la mujer otra *monstrua*.

—No digas eso, porque me ofendes.

—Quitándote á ti y á la tía Genoveva, que tiene cara de besugo y no puede inspirar pasiones de ninguna clase, todas las demás son aborrecibles.

—Vamos, hijo mío. Vuelve en ti; aleja de tu mente las ideas tristes.

—No me convences, mamá. El hombre es polvo. Esta vida es un pudridero donde las almas se corrompen y exhalan hedor pestilente.

—¿Pero dónde has aprendido esas cosas? Antes no eras así.

—Es que antes no conocía toda la perversidad del mundo. Las galas sólo sirven para perdición de la juventud. No quiero galas, no quiero vestiduras de ninguna clase...

—¿Cómo, hijo mío? ¿Vas á quitarte los pantalones?

—No; pero voy á despojarme de todo lo que sea lujo y pompa mundanal.

La madre se desespera, la familia sufre; pero Anicetito persiste en su deseo de renunciar á las vanidades del mundo y acaba por afeitarse el bigote y recortarse las pestañas á fin de desfigurarse el rostro.

La doméstica que le sirve el desayuno dice que el señorito, para no verla, se tapa el rostro con una almohada, gritando:

—Vete, demonio tentador! ¡No me persigas!

—Señorito, si soy yo... Soy la Aniceta—dice la muchacha.

Pero Anicetito sigue gritando hasta que la joven se retira. Entonces él se mete debajo de la colcha y allí sorbe el chocolate silenciosamente.

En fin, que media humanidad se ha vuelto loca.

Créame usted, lector.

LUIS TABOADA

## Canción.

Yo quiero cantarte, yo quiero decirte,  
que tú eres mi vida, que tú eres mi encanto;  
yo quiero cantarte, yo quiero pedirte,  
yo quiero mandarte; yo quiero exigirte,  
que escuches mi canto.

Yo quiero cantarte. Cantar tu hermosura,  
tus ojos, tu talle, tu tez sonrosada,  
tus labios divinos, tu nivea blancura,  
tus rubios cabellos, tu voz, tu frescura,  
tu dulce mirada.

Yo soy mal poeta; mas tengo osadía,  
la audacia es el lema de mi inspiración,  
perdona si intento cantarte ¡alma mía!  
perdona, si encuentras estúpida y fría  
mi pobre canción.

Tus ojos divinos destruyen mi calma,  
despiden sublimes y extraños fulgores,  
consumen mi vida con sus resplandores  
y piden amantes, llamando á mi alma  
caricias y amores.

Son hebras brillantes tus rubios cabellos  
que irradian colores dorados y rojos,  
á cuyos reflejos y á cuyos destellos,

por ellos vencidos, cegados por ellos  
se cierran mis ojos.

Tu hermosa mirada ¿qué tiene, qué encierra?  
¿qué grandes misterios me quiere contar?  
A veces me encanta y á veces me aterra,  
paz pide unas veces, pero otras á guerra  
me quiere retar.

Tus labios divinos de rojo esmaltados,  
de dulces caricias sublime mansión,  
sonríen y hieren audaces y osados,  
los sitios más hondos, los más ocultados  
de mi corazón.

¿Qué quieres? ¿que canté tu voz armoniosa,  
de dulces palabras continuo torrente?  
Mi musa es osada, mas no pretenciosa,  
no puede cantarla; tu voz candenciosa  
confunde mi mente.

Postrado á tus plantas por fuerza invencible,  
te admiro y te adoro, mujer ideal,  
y admiro tu cuerpo, tu talle flexible,  
tu rostro, tu airosa cintura invisible,  
tu tez virginal.

¿Qué diga tu nombre? No quiero decirlo,

lo tengo guardado del pecho en el fondo;  
no quiero citarlo, no quiero escribirlo,  
lo dejo en secreto, me basta sentirlo  
muy hondo... muy hondo.

Que á tí sólo importa saber que te canto,  
pues sé que hace tiempo mi amor adivinas;  
¿qué nada te he dicho? Lo sé, pero es tanto  
mi amor, ó más grande, más puro y más santo  
de lo que imaginas.

Yo sé que has notado que cuando te encuentro  
á solas se incendia mi cara al mirarte,  
que en una mirada mi vida concentro,  
que aun cuando hablo mucho, me queda algo  
que no sé explicarte. (dentro

¡Adiós! que me aturde tu nivea blancura,  
tu tez me ilusiona, tu talle me hechiza,  
tus ojos me quemán, me atrae tu frescura,  
tu pelo y tus labios me causan locura,  
tu voz me hipnotiza.

Ya sé que mi musa no tiene primores,  
ya sé que mi musa no puede elogiarte,  
¿Que sí, que mi canto consigue agradarte?  
No es cierto; ni ha habido, ni habrá trovadores  
que puedan cantarte.

V. FERNÁNDEZ ALONSO

Los dos «ciceroni».

Había en Granada, no recuerdo la fecha, dos hombres que por jargarretas de la fortuna ó por afición, por necesidad ó por capricho, se dedicaban á la sencilla tarea de explicar á los forasteros curiosos las bellezas y misterios de la Alhambra. Eran *ciceroni* de oficio y de los más requeridos y mejor remunerados de cuantos pululan en la sugestiva ciudad andaluza.

No he de llamarlos por sus nombres verdaderos, que su mucha modestia me lo impide, y así pues, conoceremos por Rodríguez al más viejo y por Sánchez al más joven. El primero había hecho de su profesión, si profesión puede decirse, un sacerdocio, estudiando cuantos libros tratan de la joya del arte árabe,—y conocía de ésta á fuerza de desvelos y averiguaciones, la historia fidedigna del más nimio detalle, la traducción exacta del más escondido letrado y el nombre cierto de la sultana más pacífica é insignificante. Sabía de la Alhambra infinidad de cosas, que como dijera otro *cicerone* célebre, *no están en la guía*. Sabio de conciencia antes que andalúz, jamás dijo nada que no estuviera sólidamente comprobado.

Sánchez era á su compañero lo que el extremo de una recta es al otro: lo más opuesto. Nada sabía, y lo inventaba todo; su imaginación desarrolladísima suplía los libros no leídos; su desahogo la falta de conocimientos; su verbosidad pintoresca, la absoluta carencia de narraciones históricas. Lo que decía de la Alhambra hubiera podido decirlo, con el mismo respeto á la verdad, del Partenón ó del Monasterio del Escorial.

Desde luego habrán comprendido los lectores que Rodríguez y Sánchez se odiaban terriblemente, como se odian un matemático y un poeta, un actor y un autor, un crítico y... otro crítico. Odio á muerte, feroz, reconcentrado, sordo, que la cobardía y la conveniencia propia no dejan traslucir.

Rodríguez se pasaba los días demostrando á cuantos querían oírle, con textos respetables y razones de peso, que Sánchez no sabía jota del edificio árabe, y Sánchez por su parte, demostraba también, sin textos ni razones, con un diluvio de palabras, que el ignorante en ese punto era Rodríguez.

Y así las cosas, en el desempeño de su oficio, acaudillando dos grupos numerosos de forasteros, en los que el sexo débil predominaba, se encontraron un día en la Alhambra Sánchez y Rodríguez. El odio apoyado por el amor propio tomó en ellos proporción tan colosal que amenazó desenlascarse de tragedia. Pero dos *ciceroni* no recurren jamás á las violencias de los hombres vulgares, y la furia de nuestros protagonistas quedó al instante convertida en legítimo deseo de derrotarse mutuamente en el terreno de la profesión, como decían ellos.

El desbordamiento de un río caudaloso es, sin duda, un espectáculo interesante: las aguas anegan los campos con impetu imposible de contener, destruyendo cuanto encuentran á su paso, atreviéndose con todo. Si, es un espectáculo interesante y espantoso. Pero aún más interesante y espantoso es el desbordamiento de una imaginación; y á Sánchez se le desbordó la imaginación en su afán de humillar á Rodríguez. Sus palabras eran las aguas incontenibles que anegaban los oídos de sus acompañantes, destruían la verdad histórica y se atrevían con la lengua árabe, el honor de los reyes moros y la fidelidad de las favoritas.

—En esta habitación—decía á los *de su grupo*—fué donde el rey *Tal*—aquí el primer nombre que se le ocurriera—encontróse á su segunda mujer *Fulana*—otro nombre de la misma respetable procedencia—en íntimo coloquio con un cristiano. Lleno de ira hizo decapitarlos, y en el salón que antes vimos puso las dos cabezas bajo un fanal que colocó frente por frente de otro idéntico que guardaba otras dos cabezas: la de su primera esposa y la de un cristiano, seductor también.

Mientras tanto, Rodríguez haciendo un prodigioso esfuerzo de memoria, recordaba cuanto relacionado con la Alhambra había leído y explicábales á sus oyentes cuanto veían, adornando su relación con nombres, fechas y textos, sin incurrir en una inexactitud ni en un olvido. La historia hablaba por su boca.

Estaba alegre, satisfecho, la derrota de Sánchez era segura. De algo había de servirle su erudición. Y con la alegría entretúvose tanto en la traducción de unos letreros, que cuando quiso recordar notó que se había quedado solo.

¡Los forasteros á quienes acompañaba se juntaron á los que acompañaba Sánchez y escuchaban con singular complacencia los *infundios* amorosos que á éste se le ocurrían!...

Este sucedido encierra una profunda moraleja, que brindo á los especialistas en cuentos con idem.

JULIO POVEDA

A un amigo

(QUE ME ASEDIA—PARA QUE HAGA UNA COMEDIA)

Hace un mes que recibí su carta, en verso, de usted y si no le contesté tan pronto como debí,

fué,—lo digo con profundo dolor, llorando á compás,— porque soy el hombre más desmemoriado del mundo.

Y así un día y otro día y cerca de un mes así, ni le he dado gracias, ni le he dicho esta boca es mía.

Que es desatención notoria mi olvido á la vista salta, mas la culpa de mi falta fué mi falta de memoria.

Por tan franca explicación que me dispense le pido, siquiera porque mi olvido no fué con mala intención.

Hecha ya esta salvedad por decirle empezaré que es, versificando, usted una notabilidad.

Su musa alegre y ligera le saca de sus casillas, y escribe usted unas quintillas que para mí las quisiera.

Tiene usted cómica vis, es correcto y es punzante y será usted, Dios mediante una gloria del país.

Mas no sienta vanidad ni con mi aplauso se engría pues mi opinión, como mía, carece de autoridad.

Yo, en cambio, con pluma lacia escribo en ripios cautivo, y no se ve en lo que escribo ni con candil una gracia.

¿Y que haga, pretende usted, comedias? ¡Nunca lo espere! hágalas usted si quiere, que lo que es yo ¡no hay de qué!

Aun el recordar me apena que una vez puesto en un brete, logré escribir un juguete para llevarlo á la escena;

y por darle más valor y compartir la zozobra, puso música á mi obra cierto músico mayor.

En su estreno, de reirse el público no cesó, y al terminar nos llamó... lo que no puede decirse.

Harto del género chico y volviendo por mi fama, escribí después un drama para ofrecérselo á Vico;

y á mitad de la función, sin poderse reprimir, me hizo el público salir... salir de la población.

¿Y aun comedias quiere usted que escriba? ¡Nunca lo espere! escribalas si usted quiere, que lo que es yo ¡no hay de qué!

Por complacerle me afano, pero es su súplica odiosa y á ella me niego de plano; y mande usted otra cosa á su amigo

CARLOS CANO

LA CRISIS, por DONAZ



—Te digo que yo no veré con buenos ojos que entre otra vez Silvela.  
—Claro, ¡como que eres ciego!

## Revista de revistas.

Al comenzar el siglo, el siglo presente—como decimos con cierto orgullo los que hemos tenido la honra de nacer en el pasado y la no menos distinción de pasar la raya— se ha notado cierto renacimiento, digno de tenerse en cuenta, en lo que toca á las revistas.

En el primer mes del año, y del siglo en que á la sazón vivimos, han dado á luz editores beneméritos *La lectura* y *Nuestro tiempo*.

*Nuestro tiempo*, dirigido por el periodista—y periodista sólo dicho sea en su más grande honor— Salvador Canals, al cual yo no puedo aplicar ningún adjetivo, es una revista que tiene algo de inglesa y además es revista que abraza todo el movimiento general, y hasta las especialidades de todo lo *européizado*... (Dios me perdone el término, que es de Costa).

En *Nuestro tiempo*, además de atenderse á todo el movimiento (movimiento intelectual, económico, financiero, social, literario... y de

*La patria de Cervantes* es una revista que dan á luz los señores Bailly-Bailliére, editores de la *banlieue*.

Estos señores, al comenzar el presente siglo, han caído en la cuenta de que ya era hora de que hicieran algo por las letras castellanas.

El propósito, aunque tardío, era plausible; y, al efecto, pusieron manos á la obra sin perder ni un momento.

Pero como en España no hay escritores, como podrá notar el que lea *La patria de Cervantes*, de los Sres. Bailly-Bailliére, para salir del paso estos editores se dedicaron á traducir á medias varios cuentos franceses, los imprimieron, los encuadernaron, los cubrieron con una cubierta donde en letras grandes dice *La patria de Cervantes*... y ya tenemos revista.

En *La patria de Cervantes* hay de todo... menos patria de Cervantes. La revista es sumamente intere-

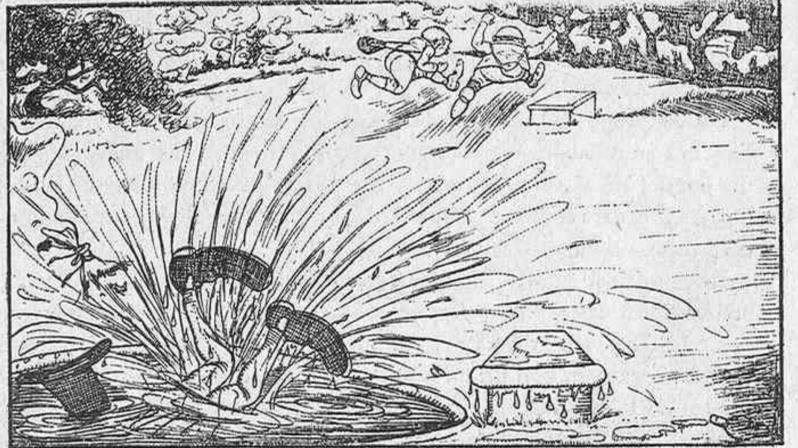
¿QUIÉN PAGÓ EL PATO, por MÉNDEZ ÁLVAREZ



- 1 -



- 2 -



- 3 -



- 4 -



- 5 -

cuanto cae bajo la pluma de un periodista) también se atiende al cuidado de la hacienda del hogar de las patrias letras.

Salvador Canals sabe lo que se hace. No le va en zaga en el gobierno de su hacienda Francisco Acebal, el cuentista premiado por *Blanco y Negro*.

Francisco Acebal también es hombre que sabe dónde le aprieta el zapato... y yo también soy hombre que no le puedo poner motes, en este momento histórico, motes de esos que demuestran admiración y alto aprecio.

*La lectura*, revista editada con elegancia «moral y material» desde la cruz á la fecha, contrae méritos, desde la cubierta, para todos los amantes de las letras... tiene sus lunares; mas no soy yo el llamado á servir de testigo de cargo porque nadie me obliga á hablar mal de mí.

Ahora, el qué, por lo dicho por mí de ambas revistas, por afán de medro me acuse... con su pan se lo coma.

En cambio nadie me creará interesado en el éxito de *La patria de Cervantes*.



- 6 -

sante para cualquier lector de folletines.

Cualquiera aficionado de esos que no buscan perfiles... ni revistas, sino novelas á secas, podrá encontrar pasto intelectual en la lectura de la obra magna de los señores Bailly-Bailliére.

El sumario del primer número, como puede observar el curioso lector, no puede ser más interesante:

*A orillas del cráter*, *Hojas del diario del doctor Moreno*, por Made y Gustace; *El continente oscuro*, *Las joyas perdidas*...

Todo, renuncio á seguir copian-do, tan interesante, todo de actualidad, todo fresco como lo que esos títulos prometen.

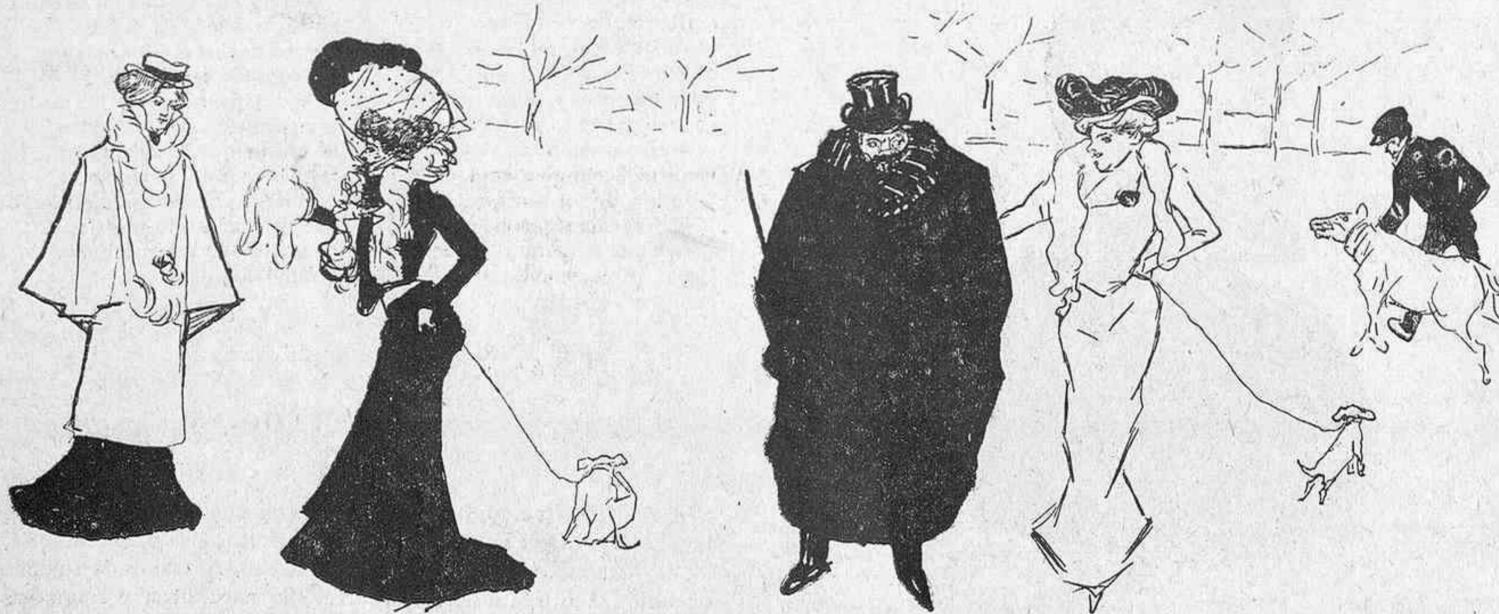
Las firmas, todas del otro lado del Pirineo.

Nuestra más cordial enhorabuena á los señores editores, que se han hecho acreedores al aplauso más entusiasta de todos los buenos españoles.

Yo sólo encuentro un defecto á la obra de los Sres. Bailly-Bailliére. Creo que en vez de *La patria de Cervantes* debieran haber titulado los Sres. Bailly-Bailliére á su revista *La patria de Pina Dominguez*.

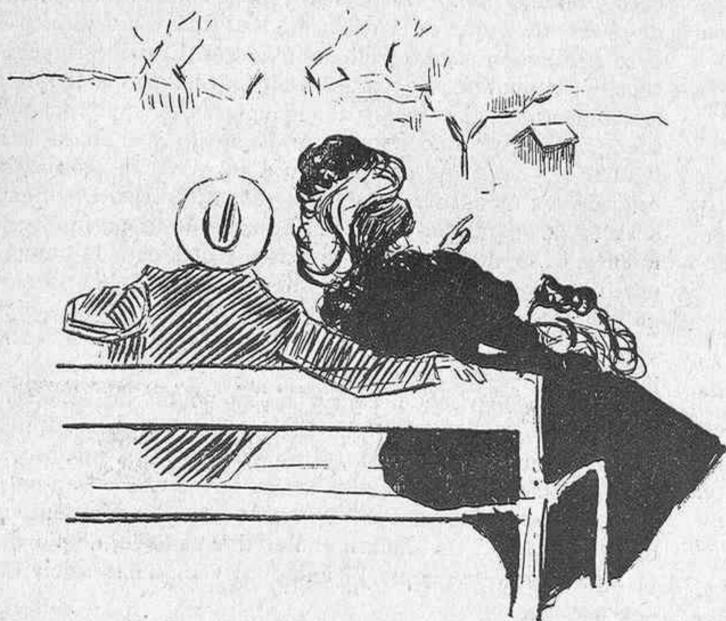
TOMÁS CARRETERO

¿DE QUÉ HABLAN? POR MARÍN



DE MODAS

DE UN ADEREZO QUE HA VISTO ELLA EN LA CARRERA



¡SUPÓNGANSE USTEDES DE QUÉ HABLARÁN!



—¿LAS ARREPENTIDAS? MÁS ABAJO



DE EQUITACIÓN



DE AUTOMOYILISMO

Marín

ATENEU DE BIBLIOTECA MADRID



Angel Pons.

Entre la pléyade ilustre que nos ha abandonado este año rindiendo su tributo á la muerte, hay que incluir un nombre muy querido para mí: Angel Pons.

Aquel genial artista, de mérito indiscutible, alabado por muchos y sólo fustigado por algún envidioso; aquel que con la pluma y con el lápiz satirizó y ridiculizó con hábil maestría nuestras malas costumbres, durante algunos años en España y más tarde allende los mares, ha muerto, olvidado y pobre, lejos de los suyos, sin más compañía que las cuatro sombrías paredes del lóbrego calabozo de una cárcel mejicana.

¡Pícara condición, triste sino el de los encargados de ilustrar al mundo y censurar sus yerros, bien con una pluma, ya con un lápiz!

No merecía tan adversa suerte aquel querido amigo con quien compartí, durante algunos años, las tareas profesionales en la redacción de *El Resumen*.

Bien es verdad que toda la gente de los periódicos tiene un final parecido: unos se mueren de hambre mientras gozan de todos los bienestares los mismos á quienes elevaron; otros van á hundir su misero cuerpo en el jergón de la caridad oficial, sin una mano amiga que les atienda ni les consuele...

Al pobre Angel Pons le ha tocado morir en una cárcel, y probablemente habrán ido á su entierro, á ver esta última caricatura humana, los mismos á quienes fustigara con su lápiz habilidoso y valiente.

¡Cómo á la hora de morir volvería sus ojos hacia España, aquí donde llegó á ser el primer caricaturista, pese á los envidiosos y á los desalmados; aquí donde tanto se le quería y se le ensalzaba!

Angel Pons, al lado de Figueroa, verdadero maestro de periodistas, movió su lápiz y fué el innovador de la caricatura en la prensa diaria.

Sus perfiles cómicos, sus historietas, hicieron reír á mucha gente que ahora no se acordaba ya de él, que ahora no habrá trocado su risa por una lágrima siquiera.

Todavía quedan en los libros de Eduardo de Palacio, de Luis Taboada, de Francos Rodríguez, de Joaquín Dicenta, chispazos de aquel ingenio que ya no brillará más, agostado para siempre como flor arrojada en un pudridero...

Señores del *Madrid Cómico*, ahí os envió esa lágrima en honor del inimitable caricaturista, del antiguo director de *Los Madriles*, del popular redactor artístico de *El Resumen*, del que fué mi excelente compañero, mi buen amigo...

¡Qué menos que una lágrima para el infortunado dibujante español!

C. JOSÉ DE ARPE

### El habilidoso.

Ya que el mundo es para el hombre tan efímera posada, la habilidad no debiera ir unida á la desgracia.

Pero el hombre habilidoso suele darse tales trazas, que suda sangre, llevando las propias y ajenas cargas.

Y como nadie le ofrece recompensa monetaria y el simple agradecimiento sólo es cuestión de palabras,

nuestro activo ciudadano obtiene, por sus jornadas, el cansancio para el cuerpo, la ingratitud para el alma, la indignación de los hombres que cobran lo que trabajan,

y hasta la burla de aquellos que no sirven para nada.

Si el pobre, á más de ser hábil, es así... de buena pasta, y, para colmo, soltero, ¡no necesita más gangal

Va de muestra.—Don Fulano, usted que tan bien redacta, que es un primor, un prodigio, ¿quiere escribirme una carta para el reverendo padre fray José de la Esperanza, preguntándole si debo ayunar otra semana?

—Dígnese usted, Fulanito, copiarme con esa clara bella y elegante letra, que á todo el mundo entusiasma,

el pergamino en que consta mi limpiísima prosapia, como postrer descendiente del barón de Faroladas.

—¿Quiere usted, si no le sirve de molestia y no le enfada, dibujarme tres ramitos en tres pañuelos de Holanda?

—Haga tiempo, á ver si puede venir el domingo á casa á dirigir, por si propio, la exornación de la sala.

—Usted debiera guisarnos (ya que en arte culinaria

es maestro) una cazuela de arroz á la valenciana.

—Haga usted que mi cuñado no incurra más en la falta de ofender, con sus desdenes, á mi madre veneranda.

Y, ya que hablo de mi madre, compóngale usted las gafas lo mismo que le compuso las ballenas del paraguas.

¡Piedad, piedad para el hombre que de este modo trabaja, demostrando á todas horas habilidad y desgracia!

V. TOSCANO QUESADA

### Baturrillo.

Armando Silvestre ha muerto. Fué un poeta y un cuentista excelente. Hay en sus versos, de un paganismó lúbrico, mucho de Catullo, de Maximiano, de Teócrito y de Masco. Al través de sus cuentos se dibuja la mueca de Rabelais. Amó la naturaleza y magnificó á la mujer en estrofas de un sensualismo tórrido.

¡Quién, al leerle, pudo sospechar que fué un funcionario público y... un matemático!

Los poetas hispano-americanos de fijo que prefieren á Mallarmé, á Samain y á otros *fumistes* por el estilo. Ellos no gustan del arte sincero y hondo; imitan ridículamente á los poetastros de *La Vogue* y de *L'Ermitage*, que en París nadie lee. Casi todos estos pseudo-modernistas tienen poco ó nada de franceses. El genio francés es claro, sencillo, armonioso, algo superficial. La obscuridad de que alardean, les viene de los alemanes y de los ingleses, de suyo inclinados al ensueño, á lo vespertino y vagaroso. El ajeno y el abuso de los placeres físicos puede que contribuyan á aumentar lo caótico, lo complicado de los modernos versificadores parisienses. Distingamos: Una cosa es la obscuridad *aparente* que nace de lo profundo del pensamiento, de lo intenso de la emoción, y otra cosa la obscuridad que nace de no ver claro á causa de anemia cerebral, de artificio retórico, de fiebre de originalidad enrevesada.

En París se comprende que surjan esas escuelas de locos lúcidos por los múltiples factores del medio. La vida en América es casi exclusivamente agrícola y pecuaria. Los poetas de aquellas latitudes suelen no tener sentimiento artístico. En vez de describir la naturaleza, de pintar las costumbres indígenas, calcan sin discernimiento todo lo francés, sin parar mientes en que lo que calcan ha pasado de moda. ¿Quién habla en París de simbolismo, de decadentismo, de escuela romana y... de Mallarmé? Verlaine es leído, no por decadentista, sino porque fué poeta, el único tal vez que sobrevivirá á su escuela.

Y no me llamen espíritu estrecho, *Terre-à-Terre*, incapaz de comprender los alambicados exquisitismos de la estética contemporánea. Pero de todo esto hablaré largo y tendido en mis *Grafomanos de América*, cuyo primer tomo saldrá en breve.

¡Cómo nos vamos á reír de todos esos poetas *cosmogónicos* á lo Lugones y de todas esas *Harpas en el silencio* y *Montañas del oro* de los modernísimos literatos argentinos!

La planta simbolista ha transformado la pampa en una especie de selva africana. Imitemos á Stanley.

Weyler—el Epaminondas moderno—ha tenido á bien suspender la censura—siglo XIV.—Pueden ustedes volver á hablar de todo—ha dicho á los periodistas, excepto de mí—*ego tollo primam*...—, del rey, de la regente, del ejército, de la policía, del conde de Caserta, de la princesa de Asturias, de los jesuitas, de los obispos, de los conventos, de los motines, de las cargas de caballería, de los estudiantes, de las cárceles...

Y los periodistas han dicho: Dad las gracias al general porque se contente con veinticinco palos por barba...

¡Vivan las *caenas*!

FRAY CANDIL

### Cantares.

A una mujer olvidé y tú me olvidaste á mí; que aquél que con hierro mata con hierro debe morir.

Siempre que quieras buscarme, muy pronto me encontrarás. ¡Pájaro herido en el pecho, qué poco puede volar!

RAMÓN L. MONTENEGRO

Correspondencia particular.

V. VICTIS!—Cuando usted pruebe que puede decirse *azarar* por *azarar*, entonces veremos si pueden publicarse sus versos.

AMADIS DE GAULA.—Madrid.—Eso es más antiguo que las obras de su homónimo.

E. S.—Santander.—De eso precisamente se ocupa en este número Tomás Carretero.

I. S. P.—Bilbao.—Yo creo que los conservadores no querrán que se publique su *Adiós*. Por si acaso nos abstenemos.

¡RECONTRA!—Madrid.—Sus dibujos no sirven porque los ha hecho con tinta de escribir. Hay que hacerlos con tinta china.

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 rs. Por litros con envase, 8,50 pesetas, 2 litros; 4 litros, 16 pesetas, á domicilio pidiéndola á su autor: Bilbao.

O. C.—Málaga.—El mejor de sus cantares es este:

*Pasé por tu calle,  
miré pa tu reja,  
y en vez de tu cara graciosa y bonita  
vi el rabo á tu perra*

Y se quedaría usted tan fresco, porque con seguridad que no lo estaba cuando pasó por su calle.

F. LL.—Barcelona.—No está mal versificado, pero el asunto está tomado de un cuento de Daudet. A no ser que haya usted coincidido.

J. B.—Madrid.—Dicen que no puede decirse *ir á por* agua, y yo mientras no se resuelva esto no puedo publicarle sus coplas.

J. L. S.—Salamanca.—Recuerdo, efectivamente, que antes versificaba usted bien, pero se conoce que ahora lo ha olvidado, porque:

*Del amor en un transporte  
mil besos te di en las mejillas.*

No son versos, sino disparates.

G. E.—Tortosa.—Bueno, pues al cesto y queda usted complacido.

A. V.—Sevilla.—Mire usted ahí son ustedes muy guasones. Conque cuidadito con otra..

SI TODAS LAS ENFERMEDADES se pudieran evitar como las de la boca se eternizaría la humanidad. El *Licor del Polo* es á la dentadura lo que la vacuna á la viruela. Luego el que sufre de la boca es un abandonado.

K. B. CILLA.—Aspeitiz.—Creo en su seudónimo, pero no en su talento.

E. T.—Buenos Aires.—Empieza usted en *Remember* de esta manera:

*Por eso no esté anhelante,  
cuando vuelva el intendente  
así se lo haré presente  
y resolverá al instante.*  
Bueno, pues perfectamente,

entonces seguiremos copiando, si á usted le parece.

C. A. O.—Toledo.—¡Gracias á Dios que encuentro algo bueno esta semana! Sí, señor, lo publicaré en cuanto me mande usted la firma.

A. S.—Madrid.—Si su artículo no fuese tan extenso lo publicaría gustoso.

F. S.—Valencia.—¡Va lo creo que es preferible un trabajo bueno con firma desconocida á uno malo de firma acreditada! Así hemos opinado nosotros siempre, pero ¡si viera usted qué pocas veces aciertan los desconocidos!

REUMA. Se alivia siempre á la primera untura del *Bálsamo antiirreumático de Orive*. 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

R. R.—Cádiz.—Algo de lo que remite se publicará.

SALVATOR.—Córdoba.—Exigencias del ajuste han impedido la publicación. Tenga paciencia.

CHINCHÓN.—Chinchón.—Eso mismo prueba nuestra imparcialidad.

DR. PELELE.—Ponferrada.—Aunque debe estar usted muy parecido en el retrato que nos manda, sentimos no podérselo publicar.

En el año 2000.

[9]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

Los anales de vuestra época nos han mostrado qué grito de indignación se alzó de todas partes contra aquella concentración de capitales. Se imaginaba que amenazaban á la sociedad con una verdadera tiranía, con un yugo humillante que iba á reducir á los hombres al papel de máquinas sin alma, incapaces de todo otro sentimiento que el de una insaciable rapacidad. Si echamos una mirada hacia atrás, no podemos asombrarnos de aquel grito de desesperación, porque la humanidad no habría conocido nunca suerte más horrorosa que la que parecía prepararle la era del despotismo de las corporaciones.

Sin embargo, á pesar de todos aquellos clamores, iba muy de prisa la creciente absorción de las pequeñas industrias por los grandes monopolios. En los Estados-Unidos, donde esta tendencia tardó más en desarrollarse que en Europa, no había, á fines del siglo XIX, ninguna esperanza, ninguna perspectiva de éxito para las empresas privadas, en cualquier rama considerable de la industria, á menos de estar sostenidas por grandes capitales. Las raras industrias de ese género que subsistían aún, parecían como sobrevivientes de otra edad, ó simples parásitos de las grandes corporaciones. Los pequeños industriales se veían reducidos á vivir como las ratas y los ratones, metidos en agujeros, contando, para existir, con su obscuridad, que los preservaba de la atención. A fuerza de fusionar las líneas de ferrocarriles, algunas grandes compañías monopolizaban todas las vías férreas del país. En la industria manufacturera, cada especialidad era acaparada por un sindicato. Estos sindicatos imponían los precios y aplastaban toda competencia, excepto si surgía otra gran coalición de bastante talla para luchar con ellos. De aquí, una lucha que terminaba, de ordinario, por una concentración mayor todavía. El gran «bazar» de la capital arruinaba á sus rivales de provincias con sus sucursales, y absorbía, en la misma ciudad, todos sus competidores, hasta que todos los negocios de un barrio fuesen centralizados en una misma casa, con un centenar de antiguos patronos reducidos al papel de simples dependientes. No teniendo ya casa propia donde pudiera colocar su dinero, el pequeño capitalista no encontraba otra colocación para sus economías que las acciones y obligaciones del sindicato, y caía así doblemente bajo la dependencia de éste. El solo hecho de que la oposición desesperada de las clases populares á la consolidación de los negocios en algunas manos poderosas no consiguiera detenerla un instante, prueba que el fenómeno tenía razones económicas irresistibles. Los innumerables pequeños capitalistas, con su mezquina cifra de negocios, debieron ceder el puesto á las grandes aglomeraciones de capitales, porque pertenecían á una época de cosas pequeñas, de negocios pequeños, y no estaban á la altura de las exigencias de un siglo de vapor, de telégrafo y de empresas gigantescas; restaurar el antiguo orden de cosas, aunque esto hubiera sido posible, era volver á la edad de las diligencias. Por opresivo, por intolerable que fuera el nuevo régimen, sus mismas víctimas no podían negar que había dado un poderoso impulso á la industria nacional; que había conseguido realizar economías considerables en los gastos generales, y aumentar la fortuna pública en proporciones inauditas. Con seguridad, aquel gran desarrollo había tenido, sobre todo, por resultado, enriquecer á los ricos y ahondar el abismo entre ellos y los pobres. Pero de todos modos, el hecho estaba allí: se reconoció en adelante que, en lo que concierne á la producción de las riquezas, el capital era eficaz en razón directa de su concentración. Una vuelta al sistema

de otros tiempos, con la subdivisión infinitesimal del capital, traería más igualdad, más dignidad y libertad individual, pero al precio del empobrecimiento general y de la paralización del progreso material.

¿No había, pues, medio de aplicar el principio poderoso y necesario de la consolidación del capital, sin tener que encorvarse bajo una plutocracia comparable á la de Cartago? Así que los hombres comenzaron á preguntárselo, encontraron la respuesta preparada. El procedimiento de las grandes aglomeraciones del capital, el sistema de los monopolios, al cual se había hecho una resistencia tan desesperada y tan vana, fueron al fin reconocidos en su verdadera naturaleza.

Bastaba completar la evolución lógica para abrir una edad de oro á la humanidad.

En los primeros años del siglo XX, la evolución tuvo su coronamiento con la consolidación definitiva del capital de la nación entera. La industria y el comercio del país, arrancados de las manos de los sindicatos privados, irresponsables, que los conducían á gusto de sus caprichos y sus intereses, fueron en adelante confiados á un sindicato único, que trabajara en interés de la comunidad. La nación formó una grande y única corporación, en la que debieron absorberse todas las demás; llegó á ser el único capitalista, el único patrono, el monopolio final que englobó todos los antiguos monopolios, grandes y pequeños, monopolios de provechos y de economías, en los que todos los ciudadanos tuvieron su parte. En una palabra, el pueblo de los Estados Unidos tomó la dirección de sus propios asuntos, como cien años antes había tomado la de su propio gobierno; se organizó para la industria, sobre el mismo terreno donde antes se había organizado para la política. Así es como muy tardíamente, en la historia del mundo, se reconoció aquella elocuente verdad de que nada es esencialmente asunto del pueblo que el comercio y la industria, puesto que de ellos depende su vida. Confiarlos á particulares, que se aprovechan de ellos, es una locura del mismo género, pero mucho más fatal, que la que consiste en entregar las riendas del Estado á los reyes, á los nobles, que se sirven de ellas para su gloria personal.

—Un cambio tan extraordinario como el que describis, no habrá podido efectuarse sin gran efusión de sangre, sin terribles convulsiones,—dije.

Al contrario—respondió el Dr. Leete:—no hubo violencias de ningún género. El cambio había sido previsto, descontado mucho tiempo antes. La opinión pública estaba madura; el grueso del pueblo conquistado para la idea. No era ya posible oponerse, ni por la fuerza ni por los argumentos. Por otro lado, el sentimiento público, respecto de las grandes compañías y su absorción, había perdido toda amargura, desde que se había comprendido su necesidad como un eslabón, una fase de transición en la evolución del verdadero sistema industrial. Los más encarnizados adversarios de los grandes monopolios estaban en adelante obligados á reconocer los preciosos servicios que éstos habían prestado en la educación económica del pueblo, hasta el momento en que pudiera asumir la intervención de sus propios asuntos. Cincuenta años antes, la consolidación general de la industria del país, bajo una intervención nacional, habría parecido una experiencia temeraria á los más atrevidos.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

# VINOS FINOS DE ANDALUCÍA-BARCELÓ

—GRANDES BODEGAS.—  
Exportación en barriles y en botellas

10 MEDALLAS DE ORO

Los selectos Vinos naturales de la casa **A. BARCELÓ e HIJOS**, de Málaga, deben pedirse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

## HOTEL DE VENTAS

Estamos altamente satisfechos de nuestra obra. Contamos con el sentimiento favorable de la opinión sensata. Nos basta que el numeroso y distinguido público que nos honra con su visita continúe haciéndolo.

**Muebles y objetos enajenados por sus propios dueños.**

Los hoteles de ventas oficialmente constituidos se hacen necesarios en todo país civilizado, á pesar de sus detractores é hipócritas imitadores, porque facilita la transacción noble entre el comprador y vendedor. A las familias que lo necesiten en el acto, el Hotel de venta les adelanta el 25 por 100 del precio en tasación convenida, y asegura venta de todo en el término de tres días.

Todo el público práctico de Madrid acude á diario á estos salones á comprar lo que necesita con ventajas siempre positivas.

**VENTAS al contado con precios fijos,**  
de 8 de la mañana á 8 de la noche.

**ATOCHA, 34**

HORAS DE OFICINA: de 9 á 12 y de 3 á 5.  
TELÉFONO 860



Pídase en todas partes tan confortable y deliciosa bebida.

### BIBLIOTECA MODERNA ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca  
á 50 céntimos volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa.*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentese al pedido 25 céntimos.

### GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO

NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS

De venta en todas las farmacias. Caja, una peseta.

Hay **Cobrador** práctico, activo, conocedor de moneda y afianzado. Además presentará informes de primera, por ser muy conocido en la plaza. *Atocha, 38, LA PERLA CHINA*, darán razón.—T. M. C.



### CORSÉS

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

REGÚLEZ

9, BORDADORES, 9

**CABALLETE** nuevo de pintor, se vende barato.—Hermosilla, 29, bajo izquierda.

OBRA DE ACTUALIDAD

DRAPER

Conflictos entre la Religión y la Ciencia.

VERSIÓN ESPAÑOLA CON UN PRÓLOGO DE

D. NICOLAS SALMERÓN Y ALONSO

Un grueso volumen en 8.º, 4 pesetas.  
Se remite á provincias franco de portes, haciendo los pedidos acompañados de su valor al Administrador de este periódico. Certificado, 4,25 pesetas.

**¡EL PAPEL VALE MAS!** Obra nueva de Felipe Pérez Capo.

Se vende á 0,50 en todas las librerías de Madrid y provincias.

### USE USTED



ECHEANDIA  
2, Arenal, 2.

SERVICIOS FÚNEBRES  
*La Soledad*  
DESENGAÑO - 10.  
TELÉFONO 205

### BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.  
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.